**Domingo XXVII del tiempo ordinario –ciclo B-**

**Es lícito hacer el bien, siempre, y buscarlo sobre todas las cosas, sencilla y llanamente, sin aspavientos ni ostentaciones, como niños asombrados ante la belleza que cada realidad y cada criatura muestra a sus ojos, a su mirada limpia y curiosa. Mejor aún, si esa búsqueda del bien lo hacemos en comunión, pues hemos sido creados/as para vivir en comunión de vida y de bienes.**

Textos: Génesis 2, 18-24; Salmo 27;

Hebreos 2, 9´-11; Marcos 10, 2-16

* *“No está bien que el hombre esté solo”.* La soledad está en el origen de todo lo que existe, sobre todo está en la realidad en la que el ser humano se mueve desde sus orígenes. Sin embargo, *la soledad* puede ser vencida, también desde el origen, por *la relación* entre el hombre y las criaturas creadas. Pero, aquello que el hombre puede “nombrar”, lo que en sentido bíblico sugiere “dominar”, no satisface la necesidad de comunicación que sentimos en lo más hondo del corazón. Los seres humanos hemos sido creados para comunicar y compartir. La compañía le será dada al “hombre” dentro del misterio de la creación, será sacada de lo íntimo de sus propio ser, estando *el viviente* en un sueño profundo, pues no será el hombre el hacedor de la mujer, sino el mismo Dios de tal manera que tendrá que reconocer asombrado: *“hueso de mis huesos y carne de mi carne”*. La mujer, creada como el varón, por las manos del Creador, será la compañía adecuada, una ayuda perfecta, no un objeto sobre el que ejercer dominio alguno. La dimensión masculina y la dimensión femenina de la única humanidad están llamadas a reproducir la acción divina, siempre creativa, siempre en relación. ¿Por qué nos empeñamos en destruir esta verdad que nos realiza en comunión y nos plenifica? Nos perdemos en trágicos enfrentamientos y en muchas soledades inmerecidas. Inmerecidas, porque ninguna criatura: hombre o mujer, ha sido creado para perderse en la soledad, sino para encontrarse en su semejante.
* El salmo que proclamamos hoy en nuestra liturgia eucarística, es un himno a la felicidad compartida, la felicidad que surge en lo más íntimo del corazón de la persona enamorada, no de sí misma sino de la comunión y de la comunicación. Esa comunión que es comunicación de vida surge “como vid fecunda” y llena de alegría el hogar (creación) en el que se comparte la mesa de los hijos del Señor.
* La figura de Jesús, al que los autores de la carta a los Hebreos, seguramente sacerdotes del templo de Jerusalén convertidos en discípulos del Resucitado, centra la mirada de la comunidad en Jesucristo. Lo ven “coronado de gloria y honor por su pasión y su muerte”. Es una visión que rompe todos los moldes, normas y esquemas de la ley mosaica de la que ellos son guardianes. Pero ya no. Ahora ven a través de los ojos de la fe al “Dios, para quien y por quien todo existe”; y descubren en el que padeció la muerte “para bien de todos” al que puede llevarnos a la gloria: Jesucristo. La voluntad de Dios a la que Jesús se aferra durante toda su vida, era que él mismo padeciese lo que sus hermanos tienen que padecer, porque por algo es el Guía de nuestra salvación. Y así lo acepta, así lo afirma con su “Hágase…”. Jesús, como hombre, *tenía que perfeccionar y consagrar con sufrimientos todo el sufrimiento del mundo*. No es algo que pueda entenderse mediante razonamientos sino mediante la entrega y la comunión con él, porque: “El santificador y los santificados proceden todos el mismo”.
* Jesús, aun siendo nosotros débiles, no se avergüenza de llamarnos hermanos ante el Padre, ¿nos avergonzaremos nosotros/as de llamarle hermano ante el mundo…?
* Los fariseos, los adversarios de siempre, confrontan a Jesús de nuevo. El tema va esta vez de la obligación o no de mantenerse unidos un hombre y una mujer. Un tema de lo más actual, aunque, de momento, y en nuestra cultura cristiana, el solicitador o dador del divorcio no sea solamente el hombre; la mujer tiene el mismo derecho a optar (entre paréntesis, porque no siempre es así) a la separación. A través del texto que se proclama este domingo, vamos a conocer la opinión de Jesús, o, al menos, de la pequeña comunidad apostólica que se crea en torno a él y su mensaje, después de la resurrección. Jesús remite a sus insidiosos contrincantes a la tan traída y llevada “ley de Moisés”, bien conocida por los fariseos: “Moisés permitió divorciarse”, le responden con rotundidad. Pero el Maestro de Nazaret quiere algo más…, busca razones, indaga el porqué de esa permisión. Y lo encuentra en la terquedad y en la dureza de corazón de los hombres. La ley de Dios no es algo que tenga que ver con las normas externas, tiene que ver, ante todo, con lo que se lleva en el corazón y con la manera de relacionarnos desde lo más íntimo, o lo más superficial.
	+ Cuando se ama de veras, se es capaz de abandonar todo lo demás, y, en el caso del matrimonio, los dos pasan a ser una sola realidad, vinculados por una misma voluntad: la de amarse por encima de todo. La ruptura no entra en los planes del amor.

Los discípulos, en la intimidad de la comunidad, piden al Maestro una explicación más profunda y más amplia, como están acostumbrados a recibir: ¡son privilegiados! Y la reciben. Pero, al mismo tiempo, como también acostumbra a hacer el evangelista Marcos, son los más íntimos a los que Jesús exige posturas más auténticas, más coherentes con el don que reciben. No pueden seguir actuando y siendo como eran antes de conocerle, de estar con él: duros de mente y de corazón. Por eso se enfada cuando ve que no tienen la mayor consideración hacia aquellos que el Reino prefiere: los más débiles, los más desamparados, los que la sociedad margina…, los niños. Y la advertencia: “el que no acepte el reino de Dios como un niño, no entrará en el él”.

* Pero, ¿cómo acepta el reino de Dios un niño…? Gratuitamente. Sin pretensiones, sin creer merecerlo, sin haber hecho nada para merecerlo realmente… ¿Cómo aceptamos nosotros el reinado de Dios en nuestras vidas ¡si es que lo aceptamos!? Ahí está la clave de todo el mensaje. Quien pertenece *a la ley de Dios* y actúa como tal, no anda midiendo hasta qué punto tiene que ser fiel o no. ¡Lo es! Al estilo del Dios fiel.

***Trinidad León, mc***